

“PLAZA PÚBLICA”,
BELLO PLEONASMO, BELLA PARADOJA

ABILIO VERGARA FIGUEROA¹

He aquí un infinito en diminutivo
Charles Baudelaire



Parque de los Coyotes. Ensoñaciones, poesía visual © Abilio Vergara Figueroa

El espacio no es homogéneo y es ese carácter el que posibilita que cada lugar tenga, como decía Cassirer, “su carácter peculiar, su ‘coloración’ su acento especial”. A las condiciones físicas que rodean esas singularidades el hombre y la mujer les suman significaciones, y emociones, de esta manera realizan verdaderas creaciones que

las tatúan; en ese proceso se trabajan a sí mismos y, muchas veces, quedan atados al espacio, que de este modo deviene en *territorio*, lo que podemos definir como el *espacio emosignificado*. Las ciudades son el espacio más importante que ha generado la humanidad, “contienen” lugares, territorios, sitios de tránsito y públicos que no

siempre *apegan* a la gente. Así, la ciudad moderna es una formidable maquinaria que ha transformado nuestra relación con el espacio y con el tiempo.

Las intervenciones en el espacio refieren tanto a las delimitaciones que realiza el poder hegemónico como a las prácticas que, según Michel De Certeau, podemos caracterizar como “no panópticas”, es decir como *operaciones*, “maneras de hacer”, que estructuran “otra especialidad”, como “una experiencia ‘antropológica’, poética y mítica del espacio”, por lo que -señala el autor de *La invención de lo cotidiano*- “una ciudad trashumante, o metafórica se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legible” (1996: 105), ordenada desde el poder. En estos sitios aparecen los espacios públicos, entre los que destaca con nitidez la plaza. La gente escribe con letra propia sobre la ciudad que planifican

posteriormente asignarse más específicamente a lo que ahora llamamos zócalo o plaza de armas. Otto Friedrich Bollnow señala que “*Platz* va siempre acompañado de cierta idea de extensión, de ensanchamiento en el espacio, incluso de cierta amplitud” (1969:46), por ello podemos imaginarlo semejante a espacio, pero no es análogo, pues *platz*, “es siempre limitado, creado por el hombre y dispuesto para sus fines”, como testifican las edificaciones que encintan la plaza; mientras que el espacio es, digamos, infinito y generalmente refiere a aquello aún sin intervenir, aunque también refiere a lo que está entre dos objetos o límites.

En este sentido, la plaza, tanto por sus edificaciones como por su posición central refiere al poder político, pero también a la economía y sus intercambios, a la exposición social y a la puesta en escena de la identidad

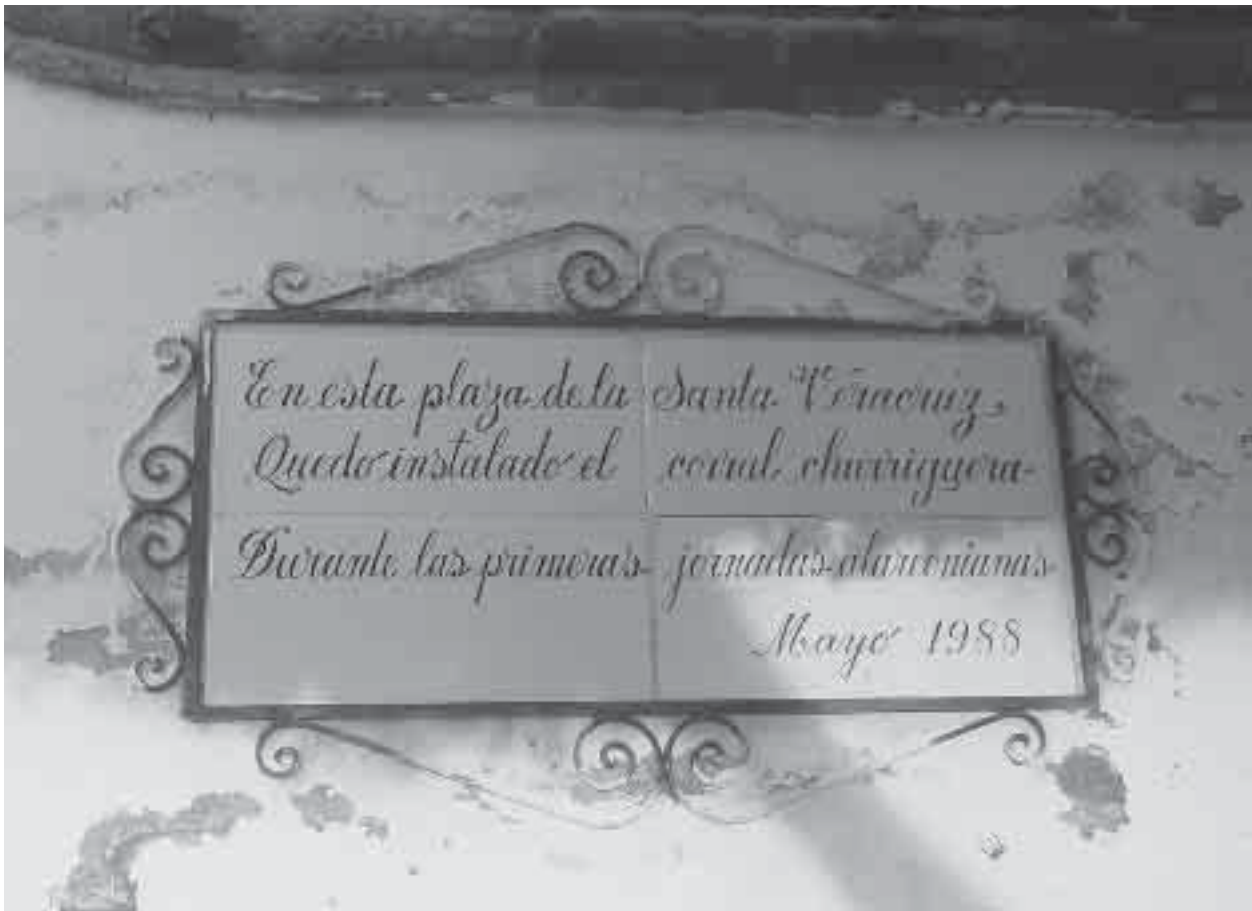


Parque Alameda Sur, México D.F. © Abilio Vergara Figueroa

arquitectos y urbanistas, y sus huellas hablan de “cosas” que no estaban previstas, de esta manera se corroen las formas oficiales. En la plaza pública, paradójicamente, es donde la juventud aprendió a amarse.

La *plaza* designaba, en principio, a la calle ancha, luego a un *espacio libre* en general, no cubierto, para

de los actores de un determinado periodo y espacio. No obstante, en muchas culturas se ha intentado separar la función sagrada y la política de las otras. Por ejemplo -nos ilustra Richard Sennet- en la Grecia antigua, el ágora se oponía al distrito Koilé, de éste se decía que “olían a orines y a aceite de guisar, de fachadas sucias



Plaza Veracruz © Abilio Vergara Figueroa

y deslustradas” (1998:40), mientras que la Acrópolis era “un recinto sagrado situado por encima de la vida más variada del ágora”, que significaba un lugar intermedio entre ambos extremos.

A semejanza de lo sostenido por Pericles, para quien la ciudad *-polis-* era “el lugar donde las personas alcanzaban la unidad”, y el Partenón simbolizaba el valor cívico colectivo, visible de todas partes, donde “la imagen de la unidad resplandecía bajo el sol”, podemos señalar que las plazas de las ciudades medias contemporáneas juegan un rol muy importante en la actualización de los lazos comunitarios y/o ciudadanos. Por ello las retóricas de la identidad gustan llamar a estas plazas “corazones” del pueblo o la ciudad.

Por otro lado, el género coloreó desde el inicio la ocupación de la Plaza. En el mismo periodo “clásico”, la llamada *stoa*, nave larga, “cuya parte trasera estaba cerrada y la frontal se abría al espacio abierto del ágora, contenía dimensiones *frías* y *calientes*, abrigadas y descubiertas”, y en estos espacios se delimitaba un tipo de actuación de otra: “En el lado cerrado de la nave, los hombres se reunían para hablar, hacer negocios o comer (...) cuando un hombre iba al lado abierto que daba al ágora, se podía reparar en él y abordarle. Se encontraba entonces en el ‘lado masculino’, el lado expuesto”

(Sennett, 1998:54). En las ciudades mexicanas, esta separación genérica del espacio se manifiesta de manera menos precisa, pero su carácter difuso hace que en general el espacio público sea visto como peligroso o contaminante para la mujer; no sólo por el estereotipo de la “mujer pública” sino porque la “contaminación” abarca al desplazamiento en la ciudad en general, y la noche es la que más contribuye a la sospecha: la compañía masculina no sólo da seguridad a la mujer, sino ejerce un efecto de “redención preventiva”.²

Una característica de la plaza era la multiplicidad de actividades: políticas, negocios, religiosas, sociales, recreativas: tragasables, malabaristas, mendigos, parásitos, pescaderos e incluso filósofos. Hoy esa multiplicidad es controlada y perseguida, no obstante la plaza sigue cumpliendo muchas funciones unitarias, por ejemplo al ser el cruce de la información ciudadana, al ser el lugar de la *comunitas* y la *civitas*, cuya alternancia juega con las fronteras de lo público y lo privado.

Si la democracia ateniense tuvo en el compartir el paseo uno de sus pilares, las plazas de las ciudades medias ofician en ese mismo sentido. Allí, los atenienses “paseando de grupo en grupo, una persona podía enterarse de lo que estaba sucediendo en la ciudad y discutirlo”; mientras que en nuestras ciudades, al pasear

la gente hace vigentes y actualiza los vínculos, y los datos que sustentan las interrelaciones. Así, el espacio de la plaza está referido a lo que acontece en el entorno social, ordenando el tiempo que se dedica a los demás y a sí mismo en secuencias previsible, lo que permite asistir y disfrutar; mientras que con la globalización y en las grandes ciudades, al reducirse las distancias, las relaciones ya no ocurren de manera secuencial, cara-a-cara, sino de modo múltiple y simultáneo, porque depende menos de las disponibilidades del cuerpo, más bien prioritariamente del sentido de la vista y del oído.

El espacio de la plaza en ciudades medias, pequeñas, en los pueblos y aun en los barrios urbanos contiene la imagen de su sociedad y comunidad; allí van sus integrantes a exponerse en sus diferencias y complementariedades, cíclicamente, una de dichas expresiones es el chisme, que tiene por característica ser circular y reiterativo. La plaza de la gran ciudad ya no expone las relaciones sociales, más bien las relaciones políticas de diferente envergadura. La planificación oficial la faculta para las grandes efemérides, la protesta ciudadana puede asignarle espacio incluso a las manifestaciones más locales y de comunidades pequeñas, como lo muestran los más diversos plantones en el Zócalo de la Ciudad de México.

Así, abordar la plaza requiere de un enfoque histórico, algunos la acotan al quererla e identificarla como propia; otros la hacen funcional con su paso apresurado al reducirla a un crucero indiferenciado de los desplazamientos; algunos más al estar en ella la marcan y se tatúan; otros no dejan huella ni son impregnados. De esta manera, la forma espacial se sujeta a las vivencias de los usuarios, quienes transforman el espacio en lugar o viceversa.

Así llegamos a lo que podríamos llamar el *espacio vivencial* que, a diferencia del matemático, *no es homogéneo*, puesto que no tiene dimensiones empíricas permanentes -la subjetividad las hace crecer o decrecer según los objetivos o el estado de ánimo de quien la usa-, así depende de qué busca y *vive* quien la ocupa. El *espacio vivencial* es históricamente anterior al *espacio sistémico* (Vergara, 2003); por ello, si bien no podemos decir propiamente que introduce la relatividad de la extensión y de las direcciones, podemos decir que ése es su fundamento. En este sentido, por ejemplo, la calle instrumenta mejor la posición delante-detrás del que camina (Bollnow, 1969:55), mientras que la plaza “distrae” esa orientación fija y detiene dicha oposición y la vuelve relativa, tanto por el espacio físico que permite



Parque Alameda Sur, México, D. F. © Abilio Vergara Figueroa

estar sin ir, como porque emocionalmente podemos tomar un “respiro” del carácter funcional de los desplazamientos, cuyo final nos ata a una meta.

Los dos centros de la vida individual y colectiva se constituyen a través de un punto de referencia fundamental que es la residencia: la casa a nivel individual y el centro del pueblo o de la ciudad a nivel colectivo. Ambos centros organizan la percepción del espacio, aun cuando en sus realizaciones más físicas puede haber descentraciones. La ciudad media, al igual que el barrio y el pueblo, realiza un corte imaginario fundamental a través de su centro: centros de convergencia que a su vez irradiaban su poder a su entorno en un-ir-y-venir continuo que la subrayaba en ese trayecto.

Humberto Giannini realiza una interesante separación del domicilio, como símbolo e indicio de la singularidad humana –*Singulus*- y la calle, como símbolo de su universalidad, de su sociabilidad –*socius*-. Esta división se enriquece con la inclusión del trabajo al que define como “lugar de disponibilidad para el otro”. Esta separación requiere ser matizada, puesto que la calle y la plaza son y no son lo que dicho autor les indica, pues los transeúntes se cierran o abren según para qué salen, según su ocupación: un ambulante no sólo está disponible por su trabajo, sino porque exige que se le preste atención; al igual que la prostituta que se “abre” al descubrir su cuerpo, aquello que *ofrece*. Así, el modo en el que los usuarios y actores utilizan las calles connota sobre el mismo soporte físico y oficial, esos sentidos usualmente son inaprensibles para los otros, aunque las tribus y comunidades sí comparten sus implicaciones.

Hay matices y diferencias entre la plaza y el parque, éste posibilita un mayor desprendimiento de las responsabilidades del ser: “En este sentido, el parque se constituye en un *lugar* privilegiado de *estar* en –y *hacer*– la ciudad, así como se constituye en un *punto de enfoque* de la vida urbana, permite reposar de las prisas ciudadanas, mirar el entorno y en nuestro interior, reflexionar acerca de lo posible y de las limitaciones de la experiencia de vivirla. A este carácter, digamos positivo, de la experiencia conjunta en un lugar público diferente de la calle o la plaza, se le opone la inseguridad que atenta contra su realización como *entidades urbanizantes*, pues el asedio de la violencia delincuencia y la corrupción consecuente generan un clima inapropiado para la construcción de una ciudadanía participativa y reflexiva, ya que limita el acceso a los lugares donde se puede estar con los *otros*. No obstante, esta misma carencia puede ser un punto importante de la agenda ciudadana y gubernamental. Por ello, aún con las limitaciones que le impone su entorno, el parque es aún un territorio de urbanidad”.³

Me interesa resaltar tres espacios creados por los actores para compartir el espacio público: los graffitis, la conversación y la indiferencia: Los graffitis son la forma más radical, exuberante y exhibicionista de uso de la *connotación* y expresividad juvenil; son realizaciones de una forma *pura* que no tiene ganancia práctica, realizan de manera singular la inversión para los otros sin recompensa. Es más, en sus formas iniciales, hacían –y lo hacen aún– del riesgo un ingrediente fundamental de su realización. La conversación por su parte supone la inversión de un tiempo para sí mismo y el otro, un intercambio que complementa sentimientos y saberes, y el encuentro en la plaza permite explayarse, darle rodeos a la plática, degustar las palabras y hacer comunidad. Incluso en las grandes ciudades, ocasionalmente, aún son posibles estos intercambios, aunque progresivamente es la mirada –y sus evasivas– la que domina las interacciones efímeras. Así, la indiferencia borra la singularidad de las significaciones, los objetos y los usuarios, y enmarca al urbícola en sus propias preocupaciones y adquiere, por ella, un carácter borroso.

Por otro lado, Michel de Certeau separa las acciones sobre el espacio urbano como *tácticas* y *estratégicas*; las primeras como un modo colectivo de su administración y las segundas como los modos individuales de reapropiación, en cuya realización “se reintroducen en todas partes las opacidades de la historia” (De Certeau, 1996).

La terminología que utiliza Michel de Certeau me parece muy apropiada para describir las formas en las que los urbícolas se deslizan por el espacio urbano; además tiene implicaciones metodológicas importantes puesto que enfoca la mirada de lo excepcional o destacado hacia “las prácticas microbianas, singulares y plurales; que implica “...seguir la pululación de estos procedimientos”; “...(que) se refuerzan en una ilegitimidad proliferadora”; “...desarrollados e insinuados en las redes de la vigilancia, combinados según tácticas ilegibles pero estables al punto de constituir regulaciones cotidianas y creaciones subrepticias, que esconden solamente los dispositivos y los discursos, hoy en día, desquiciados de la organización observadora” (1999:108). Caracteriza dichas apropiaciones *milimétricas* como un estilo de aprehensión táctil y de apropiación cinética; las que operan como un hormigueo, como un conjunto de singularidades; las variedades son hechuras de espacios, que tejen los lugares y no se localizan.

En las imágenes que ilustran este número del *Diario de campo*, se presentan esos usos circunscritos a los afanes de cada ser, también los usos distraídos sin fin inmediato, los usos solitarios y colectivos, los festivos y los de protesta, los sagrados y profanos, los de la



Parque barrial © Abilio Vergara Figueroa

diversión y el trabajo, del simple estar, como las prisas de quienes la ignoran para recuperarla en otra visita.

Notas:

¹ Profesor-investigador de la División de Posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

² Semejante a aquello de la “guerra preventiva” de Bush. Por otro lado, aún permanece, con mayor intensidad en las ciudades medias y pequeñas, esa figura, como bien lo ilustra José Fuentes en el suplemento del *Diario de campo*: “La menor cantidad de mujeres obedece también a que la representación cultural de los pobladores de uno y otro sexo –sobre esta plaza– permanece anclada en el tiempo en que era lugar de trabajo de prostitutas, hecho que condujo a la construcción de un particular imaginario urbano de la plaza asociada a la decadencia moral y concupiscencia. Aunque ahora no se observan los grupos de meretrices que antes laboraban en este sitio, todavía prevalece en el imaginario colectivo la idea de que la plaza no es el lugar correcto para las damas. Esto se refleja incluso en el lenguaje cotidiano, decir que una mujer es *placera*, implica una ofensa, una descalificación grave de su virtud y moralidad, además de relacionarse con un comportamiento vulgar.”

³ Abilio Vergara Figueroa, “Pequeñas iluminaciones sobre la ciudad: El parque *Los Coyotes*” (en prensa) Boletín de antropología del INAH, 2005.

Bibliografía

- BOLLNOW, Otto Friedrich, *Hombre y espacio*, Editorial Labor, Barcelona, 1969.
- COBLENCÉ, Françoise, “Les rues de Baudelaire”, en Colloque d’Amiens, *L’esthétique de la rue*, L’Harmattan, Paris, 1998, pp. 215-230.
- DE CERTEAU, Michel, *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, UIA, ITESO, CEMCA, México, 1996.
- GIANNINI, Humberto, *La “reflexión cotidiana”, Hacia una arqueología de la experiencia*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1999.
- SENNETT, Richard, *Carne y piedoctora El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza Editorial, 1997.
- VERGARA, Abilio, *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano : Québec, La Capitale*, ENAH, AIEQ, CCNQ, UNSCH, México, 2003.